

Te cuento esta pavada

Dafna Salem

UNA HISTORIA DE DAFNA
SALEM PARTE I

TE CUENTO ESTA PAVADA

Una adolescente por accidente termina en un auto ajeno, que va hacia un country.. Conducido por dos hermanos de su misma edad.



Capítulo 1

Estaba ahorrando.

En términos excesivos, se podría decir.

Un viaje con mis amigas era la meta a corto plazo que estaba escrita en mi mente, en mi pantalla de celular, en la pizarra del colegio y en mi brazo con marcador indeleble (Gracias, Ro, por estar aburrida en clase de geografía). Eso me había llenado la cabeza de una sola idea: trabajar. Si trabajaba, conseguía un ingreso extra y propio que destinaba exclusivamente al viaje a Uruguay. Estaba con este proyecto en mente hace tres meses. Y quedaban dos para las vacaciones de verano. Dos meses en los que teníamos que hacer todo: ahorrar, comprar pasajes, averiguar estadía y transportes, preparar los alimentos, preparar las valijas, aprobar todas las materias... Pero yo me concentraba en ganar y ganar más dinero. ¿Cómo? Bueno, cuidaba niños. Mi especialidad.

En realidad, se *convirtió* en mi especialidad. Soy hermana menor, así que nunca experimenté en mi familia siquiera el agarrar a un bebé, tampoco a primos. Los primeros treinta (y no miento, he cuidado alrededor de sesenta niños, aunque varias veces son los mismos quienes me piden cuidar a su hijo) me habrán costado. Lloraban, no me hacían caso, me gritaban y en ocasiones extremas, me pegaban. Pero cada hogar era un mundo. Veía como cada padre se comportaba de una manera totalmente diferente con ellos...

Hay padres de todo tipo: exigentes, que crían a varios *Rapunzelos*, que gracias al cielo van al colegio y al médico, pero por fuera de eso, no conocen la calle. Hay liberales, que les dejan hacer lo que se les antoja, decir lo que se les antoja y comportarse como se les antoja; permisivos, que si es por ellos, su hijo puede tirarse de un trampolín de sesenta metros de altura y no les preocupa; papás inconscientes, que parece que no entendieron que la etapa de la paternidad llegó, y prácticamente la ignoran hasta que alguna niñera los reprende por la falta de atención que le están dando a sus hijos (ejem, me pasó ya tres veces), papás educadores, invisibles, autoritarios... Y eso influye muchísimo en el comportamiento del niño. Cierta vez tuve que permanecer media hora delante de una madre y un hijo hasta que el santo niño me pidiera disculpas porque no acató mi orden súper clara: es hora de dormir, mocoso. Me sentí orgullosa. Y también maligna.

De todas formas, iba avanzando, cada vez entendía más de que se trataba este rubro y podía pasar hasta un día completo en una casa asegurándome de que coman, jueguen, ordenen, se peleen (digo, ino se

peleen!) y que se cepillen bien los dientes. Pero lo más importante, que lo aprendí recientemente en un curso de *babysitters* dictado por una maestra jardinera con más de veinte años de experiencia muy simpática, es que lo más importante de nuestro trabajo es: La seguridad del niño.

La única razón por la que los padres contratan a alguien como niñera es para sentir tranquilidad que hay un adulto responsable velando por su bienestar. Y que los llamará en caso de ser necesario, que actuará en tiempo y forma ante una emergencia.

A lo que voy, era normal y frecuente que en mi teléfono trillones de números desconocidos me pedían si podía cuidar a su bebé dos horas, si los podía acompañar a un evento a cuidar a sus hijos, si había posibilidad de estar la noche entera clavada en una silla esperando a que regrese la madre de la bendita fiesta, si cuidaba a su hija hasta que volvía del trabajo, del supermercado, del médico, de la reunión de trabajo, del viaje, del dentista, de la Antártida, del desfile de modas, del parque de diversiones... Obviamente, siempre aclaraban quién les había pasado mi número y todo, ya que por mi seguridad me gustaba saber a dónde me dirigía y cómo me contactaron. Pero en fin, mi rutina de día y de noche se basaba en comer-cuidar y cuidar-dormir. Al menos por esos tres meses.

Me sentía capaz, segura, con una pizca de orgullo y altanería ya que encontré algo en lo que era buena. Yo, Camila Ruth (como les encanta llamarme mis papás) estaba contenta. Algo estresada, quizá no del todo correcta, ya que parte de mi empeño en el trabajo era exagerado. Pero me sentía feliz cada vez que depositaba en mi alcancía más y más billetes sabiendo que las ansiadas vacaciones estaban por llegar.

Me levanté ese día bastante tarde. Domingo. Qué podés esperar. Miré por la ventana a los autos correr por la avenida. Me gustaba hacer eso para iniciar mi mañana. Por ahí la velocidad de los autos era equiparable a mi energía. O al revés. No lo sé.

En mi casa están prohibidos los celulares en la mesa. Normas absurdas para mi yo de once, pero ahora con dieciséis noto ese gran beneficio de ver a la cara a mi familia. Al menos en una sola comida, porque la mayor parte del día vuelo: de casa en casa, cuidando niños de diversas edades y personalidades. Bebés de seis meses a niños de ocho. Cargando mamaderas, poniendo chupetes, jugando a las muñecas. Con suerte, viendo una película a veces. Una vez me había tocado (sonará como si fuera al azar, pero la que elige de ir soy yo) ir a una casa de cinco hermanos. ¡Yupi! Que descontrol había sido. Encima la niña mayor no cooperaba en nada.

Luego de conversar largo y tendido con mi abuelo Ezequiel, que vivía en nuestra casa, hablar con mi hermana y ver las caras de malhumor de mis papás (su deporte favorito, yo digo), me levanté y corrí a agarrar el teléfono a ver cuántos pedidos tenía para ese día.

Dos mensajes. El primero una mujer que quería que cuide a su bebé mientras iba a una reunión a las 18:00 horas, y otro, de una tal Eva que me pedía si hoy a las tres de la tarde podía ir a su departamento que quedaba bastante cerca de mi edificio, a cuidar a su hijita de dos añitos. Ella vendría en dos horas. Me apuré en contestar breves respuestas afirmativas acompañadas de preguntas típicas, dirección, indicaciones, horario de regreso... Lo de siempre.

Era excelente, tenía toda la mañana libre y luego me ocupaba de trabajar por la tarde. Acepté a ambas y me dediqué a escuchar música, doblar la ropa y guardarla dentro del placar, bailar la mayor parte del tiempo, ver un programa anticuado de reliquias de la antigüedad con mi friki hermana, Liz, y comer el rico almuerzo, que también, la friki de Liz había confeccionado. Bromeé que seguro había adoptado las técnicas rupestres que vio en la TV (a decir verdad, apenas sé qué significa "rupestre", pero me gusta molestarla) para cocinar esta simple lasagna. Siempre la molestaba, era tradición. Mi mamá me miró fijo, tras escuchar que propuse la idea de que no estuviera lo suficientemente cocido ya que los programas que veía eran antes del descubrimiento del fuego, o sea, en el

Paleolítico.

–¡Algún día deberías esforzarte un poco más por las cosas! ¡Lo único que haces es sentarte a ver a un bebé dormir! Y agarrá un libro, a ver si llegas a entender algo y no juzgás lo que veo.

Me enojé y le seguí la pelea toda la comida. Empezamos una guerra de patadas por abajo del mantel, que cesó una vez que Liz pateó a mi mamá (claramente, no fui yo, a pesar de las múltiples habladurías hacia mi persona que Liz creó). Ahí estalló todo. Mi papá se puso a gritar, mi abuelo se retiró de la mesa, a prender la TV y escuchar un documental de Diana de Gales, mucho más productivo, en mi humilde opinión. De ella, de mi hermana, no quiero seguir conversando. Todos siempre interpretan que el problema soy yo. ¿Por qué? ¿Por ser la menor? ¿Por no parecerme a la figura clásica, tranquila, conservadora y silenciosa que es ella? Sí, soy diferente y a toda honra. Soy su antagónico y no me desagrada. El hecho que yo trabaje y luche por lo que quiero mientras ella cosecha información y estudia no me vuelve a mi persona ni vulgar mucho menos hueca o poco respetable.

Dos y media me puse las zapatillas, me recogí mi largo pelo, rito que conservaba desde mi primer cuidada a un bebé y mi primera gran lección: si no te atás el pelo, te lo arrancan. Me puse un buzo, mi papá me había alertado que estaba fresco allá afuera. Me metí en WhatsApp para buscar el número de la tal Eva y chequear la dirección. Una vez vista y ubicada gracias a los viejos mapas de mi abuelo y pasado el reporte diario a mis papás de donde estaría, salí. Caminé tranquila, sin apuros, estaba super bien de tiempos, además, mis pensamientos furiosos me distrajeron. Estaba harta de las comparaciones.

Me paré enfrente del edificio. Era hermoso. Amaba admirar y comparar los lugares que iba conociendo. Este tenía una entrada curiosa, una especie de rampa en espiral que conducía a la puerta de vidrio, y en su centro, había plantas ascendentes que llegaban hasta el techo y algunos claveles.

Pero también sabía que jamás había que impresionarse por fachadas, muchas veces dentro eran completamente feos, por no decir con arquitectura prehistórica. Sí, me considero una persona muy, pero muy, juzgadora.

Toqué el timbre, cuarto B, una voz fuerte me indicó que el encargado me abriría la puerta. Eso hizo él. Le agradecí.

Me encontraba subiendo en el ascensor. A esas alturas, como me pasaba siempre, sentía un temblor que me recorría todo el cuerpo, eran unos nervios que presentaba los minutos previos de hablar cara a cara con la madre y encontrarme con la responsabilidad de cuidar a un pequeño fastidioso.

Eva resultó ser una mujer esbelta, fina, con gracia de Francia. Sí, esas pavadas parecían dichos muy propios de mi hermana Liz...

Basta. Tenía que concentrarme.

El cabello negro de Eva estaba recogido en una trenza que recorría su cabeza y caía de un costado. Su rostro bronceado caribeño (desde cuando sabía yo distinguir eso), su porte y vestimenta indicaban ser una persona pudiente. Eso lo decía porque ella era la imagen principal que captaba mi retina, y el fondo, su casa, se desenfocaba, temblando ante la belleza de la mujer. Bue. Tampoco tanto. Era una casa corriente. Espaciosa, sí, con pocas decoraciones y cuadros caros de Monet (¿quién era ese? Emergencia: Liz y clase de arte impresionista volumen II de nuevo).

La escasez de decoración se debía a la niña pequeña que la casa tenía. Luna se llamaba. Tenía el cabello cortito, pero de un dorado precioso, vestía un sweater rosa y pantalones blancos. Sus pies estaban envueltos en finas medias blancas, de aquellas que mi madre nos rogaba que no camináramos sin calzado por la casa de pequeñas. Hasta el día de hoy, ni Liz ni yo (Uf, Liz otra vez) le hacíamos caso. Pero yo recuerdo que Liz era la más desobediente. (cuarta vez que la nombro, no puede ser). Me agarró un pinchazo de culpa... No estaba bien cómo la trataba a Liz. La hacía sentir mal. Y he aquí mi cabeza. Me jugaba en contra, me transportaba a un recuerdo de mi hermana en las más ínfimas cosas. Ver una media blanca de bebé, acordarme de ella. Cierta vez vi en una casa una de esas pistolitas de agua (que aquellos desgraciados, no dudaron en bañarme de agua) y el recuerdo me llevó a ella y al caluroso verano en Tandil. Otro día, sacando una botella de agua de una heladera para servirle a un niño vi un envase de Ketchup. El nombre de Elizabeth voló por mi cabeza, con la imagen de ella comiendo TODO con aquel aderezo.

Volví a la realidad, traté de olvidarme de ella y me centré en escuchar las indicaciones de la mamá.

Ya estaban concluyendo las dos horas, la habíamos pasado increíble con Luna. Esa niña era un amor. Tenía una risa contagiosa, no desordenaba sus juguetes y si se acercaba a algo peligroso o prohibido por su madre escuchaba atentamente a lo que le decía y se iba. Jugamos con muñecas,

con bloques y le leí una historia de un corderito que planificó una fiesta para otros animales. Le di de beber y de comer, un poco de agua y una galletita simple de arroz y chocolate, y contra toda ley de la naturaleza y pronóstico, no se manchó. A las cinco en punto, le puse unas mini zapatillitas blancas a la niña, un saco, y abrí la puerta. Su madre me había pedido que bajara, que se estaba acercando, así que, eso hice. Llamamos el ascensor (¿Por qué en plural? Dejé que Luna apretara el botón) y bajamos. Resultó ser una niña encantadora y no podía creerlo, hasta quería sacarme una foto y guardarla de recuerdo, pero no alcancé. Estaba feliz, iba a cobrar por haberla pasado bien. Había sido tiempo de calidad y... me acordé innumerables veces de mi hermana Liz.

Esperamos abajo unos minutos. Vi frenar un auto grande abajo. Esperé. Vi que bajaba Eva, abría el baúl y se detenía a sacar cosas. Salí a su encuentro. Me saludó, algo apurada y me pidió si podía sostener una cantidad grande de bolsas de cartón. La ayudé. Esperaba mi pago e irme de ahí. Luego escuché que me pedía poner las bolsas en el auto mejor, en los asientos de atrás. Abrí la puerta e ingresé algunas poco a poco. Para que entrasen las restantes necesitaba entrar y organizarlas. Eso hice. En los asientos de adelante había dos personas que murmuraban.

Ahí empezaron todos mis problemas.

Alguien cerró la puerta. Probablemente haya sido Luna, sin querer, claro, ese fue mi primer pensamiento. Miré al exterior, pero no estaba. Eva había entrado al edificio, a subir una caja de un electrodoméstico, a juzgar por su tamaño, con ella. La vi a lo lejos, entrando al ascensor. Bajaría y me pagaría. Era ese su plan. Pero no fue así. Una vez que la puerta estaba cerrada, noté que se movía. Sí. El auto se estaba moviendo, y de la nada, fue más rápido y noté que me alejé completamente del edificio, estábamos dos cuadras de distancia. ¿Qué?

Miré adelante, me separaba una distancia prudente con los asientos delanteros, era un coche estilo limusina y solo veía dos cabezas, por lo que intenté pararme y gritarles:

–¡¿Qué les pasa?! ¡Estoy acá dentro! ¡Vuelvan al edificio de antes!

Sus cabezas giraron y los vi.

La que conducía sonrió, su cabello rubio caía de ambos lados, lacio y muy brillante (seguro había participado en alguna publicidad de acondicionador). Del lado del acompañante, copiloto o lo que sea, giró la cabeza un chico con una melena negra despeinada y grasosa, también sonriendo. Eran hermanos. Me acerqué, arrastrándome por el piso en movimiento. De lejos no era visible su parentesco, pero de cerca... Eran un calco. Los mismos dientes sonrientes (maliciosos) las mismas pecas y puntos en sus rostros... Y por supuesto, la conducta de niños ricos

que rondaba en el ambiente.

–¿Quién sos? ¿Qué hacés acá?

–Camila... Ruth. Camila Ruth. Para ustedes, secuestradores, nadie.

Estaba asustada. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Por qué la chica aumentaba tanto la velocidad el auto, por qué no paraba de apretar el acelerador y porqué se puso unos anteojos negros a lo criminal. El chico, por su parte bajó la ventanilla con un botón azul de la enorme botonera que tenía frente de él.

Estaba muy asustada, cuarta vez que una alarma se prendía en su cabeza.

–¿A dónde... están yendo? ¿Po... por qué cerraron la puerta si... si estaba yo...

–¡Al country...! –El chico sacó tres dedos por la ventanilla, la rapidez con la que iban parecía de autopista-. ¡Yendo no, llegando! ¡Skereee!

Estaba aterrorizada.

Los primeros minutos miraba para todos lados. Para qué me secuestraban, cómo iba a salir, como iba a volver, cómo llegaba para las 18:00 a la otra casa, y ahora que lo recordaba la semana pasada había concertado con una familia de ir a una fiesta a cuidar a los menores y pensaba hacer actividades y juegos... Las malas reseñas que circularían...

Tenía que concentrarme. Cuando parase el auto buscaría donde estaba e intentaría ir a la casa de las 18. Podía con todo. Obviamente. Intenté ubicar mi teléfono. Entre el montón de bolsas (la mitad de Zara, otras de Balenciaga y una de Swarovski, con exactitud) me metí a bucear mientras el viento de la ventana del chico me golpeaba por atrás. El ruido de éste era molesta. Estaba sin cinturón de seguridad sentada en el piso. Vaya protección. Si volvía a ver a mi abuelo, me mataría. Eso, si es que llegaba a contar el cuento.

¿PARA QUÉ? ¿Se habían dado cuenta que estaba atrás? ¿Lo hicieron a propósito? ¿Era una broma de mal gusto? No lo entendía... En el medio de la duda, encontré mi celular. Una buena. Me intenté parar, me caí y me volví a parar.

–¿Podés ir más despacio, loca?

-No. Tenía que perder de vista a mamá. Nunca se sabe si de último momento se raya y te dice que no podés ir al country.

-¿Sos... la hija de Eva...?

Me quedé helada. Qué incredulidad. A pesar que tenía mucho sentido, a menos que de la nada hayan asaltado dos niños ricos el coche de Eva sin razón. Pero no le encontraba gracia, no sabía por qué esos chicos me tomaron de rehén y para qué. Con qué objetivo.

-Sí. Angelina. Un gusto -sonrió desde el retrovisor con desdén. Sumado a los anteojos oscuros parecía ya una película de terror. Cuando sacara la pistola se haría la sorprendida. ¿Desde cuando a los secuestrados les importaba el nombre de los secuestradores? No era momento de presentaciones, le daba igual, quería irme.

-Tomás -me dijo el otro, el copiloto, y me extendió el brazo, invitándome a chocar puños. Lo rechazé.

-Estaba cuidando a su hermana, Luna. Eva me pidió que meta toda esta basura -ladeó la cabeza a las bolsas de Zara- y terminé acá. Angelina, no habrá posibilidad de que me lleves devuelta...

-¡Ni enferma, tarada!

-Un poco más de educación... si no es mucho pedir. -me tiré en el piso del auto, con el teléfono extendido, rogando que tuviera señal.

Lo normal era que no tuviera. Si este día ocurría una alineación de lunas de Jupiter o si de repente la Luna eclipsaba el Sol a mitad del día o algún fenómeno raro, friki como Liz, descabellado, que constituyese la posibilidad de contactarme con mi mamá, sucedía, estaría eternamente agradecida.

Pero, como dije antes, no suele suceder. Nunca de los nuncas mis papás me recargan, no tengo crédito (obvio, chicos, adivinaron, Liz tiene 4G). Para el colegio me las arreglo genial: para comunicarme con mis papás, con mi abuelo o con el verdulero, si hay suerte, tengo varias alternativas: colarme en dirección, pedir un teléfono prestado (cierta vez le pedí al profe de geografía llamar a papá para decirle que a la tarde me iba a un cumpleaños), una paloma mensajera, señales de humo... Ninguna funcionaba. Si alguno está interesado en saber por qué mi hermana no colabora y no me presta su teléfono, es muy sencillo, se excusa con no querer sacar su celular debido a que rompería el reglamento de la escuela, que prohíbe los aparatos tecnológicos, y prefiere estar encerrada en un libro polvoriento que te hace estornudar.

Por más quejas que transmitía a mi mamá de que me recargue el celular me contestaba: "Mañana".

Y acá estaba yo. Ya veo el "mañana". Atrapada en un auto con dos niños ricos que por alguna razón me llevaron por error, para sacar la idea del secuestro de mi cabeza, porque notaba el sudor y las palpitaciones.

Intenté marcar a mi mamá. Crédito insuficiente. Insulté en voz casi baja.

–Qué rebelde la viajera de atrás –me sobresaltó la voz pegajosa de Tomás.

Les dejé mensajes a todos: mi mamá, papá, abuelo (que cada dos meses prende el teléfono, así que por él, me quedo hasta diciembre en el country), a Liz, a Linda (mi mejor amiga), al verdulero y al preceptor del colegio, avisándole que faltaba mañana y que le avise a mi mamá. Un milagro necesitaba. El relojito del mensaje no enviado de WhatsApp me estresaba.

Pero empecé a plantearme otra cuestión allí tirada en el piso, que hizo que me levantara de inmediato, y me ponga el cinturón.

¿La peliteñida que edad tenía? ¿Sabía manejar? Porque suficiente con estar atrapada en el country hasta diciembre... Pero ¿había chance que termine en un correccional o prisión de menores detenida por exceso de velocidad?

Decidí evacuar una de las cien dudas. Total, estábamos para rato.

–Che Ange –intenté parecer relajada–, de onda. ¿Qué edad tenés? ¿Sabés manejar, ¿no?

–Sí, estúpida. Tengo diecisiete. Saqué registro hace un mes. La segunda vez que nos escapamos con Tomás al country.

–¿Y qué pasó la última vez?

–Nos denunciaron los vecinos –dijo Tomás tranquilamente.

–¿iQUÉÉ!?

–Supuestamente ponemos música muy alta.

No me di cuenta, pero ya estábamos en la autopista. Pero yo por distraída, a la velocidad de la tipa lo más probable era que en una hora estuviera cruzando el estrecho de Gibraltar.

Un rato después paramos en una estación de servicio. Me acerqué al mostrador de la cajera, sin intención de comprar, pero sí de pedirle a la mujer que me prestara el teléfono. No me contestaron ninguna de las tres personas que llamé (mamá-papá-Liz-verdulero), a Liz le dejé un mensaje de voz (perdón cajero, te vacié el crédito) algo así como: "Liz, estoy en un country atrapada con los hijos de Eva". Andá a saber si sabe quién cuernos es Eva. No le conté. Sonaba raro que mis "amigos", o lo que figuraran Angelina y Tomás a los ojos de la gente de ahí, (imaginate si pensaban que eran mis hermanos...) no me prestaran, sobre todo si los ves sacándose selfies juntos y dejando que los empleados carguen la nafta solos, sin ninguno de los dos mirando, con un coche valuado en a saber cuántos millones de dólares. Los dólares que la CIA pediría para mi rescate y al que tenga información de mi paradero. Porque mis papás se iban a preocupar. O eso creía. ¿No?

Volvimos al auto y en un abrir y cerrar de ojos, pasábamos por la entrada del lujoso, privado y exclusivo barrio privado (country) de la elite. "La Aurora". Pasamos por el suelo adoquinado, sentí cómo rebotaba las ruedas contra las piedras (y los quejidos de Tomás porque no podía seguir jugando al Fortnite), las margaritas y setos que adornaban a los costados del camino, vi la primera casa. Un lujo arquitectónico que me daban ganas de quedarme allí un fin de semana. Olvidé por completo que estaba atrapada y sin volver a casa. Me olvidé de Liz. De todos.

La siguiente era mejor. Era amarilla. No me daban ganas de sacarle una foto, no quería interrumpir esa magia no propia de la realidad para agarrar el celular. La tercera, la cuarta, la quinta y sexta estaban posicionadas en una ele y a su alrededor, había toboganes y calesitas.

Pasamos por varias, esta vez, lento. Por ahí, Angelina tuvo compasión de mí, de que estaba interesada en el paisaje y ralentizó la marcha...

No importaba. No me tenían mucha compasión igual. Sino me hubieran prestado su celular. Me habían visto cuando le pedí a la cajera. Sino hubieran parado y me hubieran dejado en la calle cuando les pedí.

Vi su casa. También era blanca como las anteriores, con vigas y palos, o lo que fuera, marrones. No era la fachada más imponente. Angelina sacó las llaves del auto, salimos. Ellos agarraron las bolsas de atrás. Me hice la indiferente. Intenté pensar por cuánto tiempo se quedaban ahí. Lo solté:

—¿Cuánto tiempo se van a quedar?

–Mirá, somos espontáneos. No tenemos horario.

–Genial. ¿Puedo pasar? –si me llegaban a decir que no, no sabía que haría. Lo mejor hubiera sido que me callara la boca. Para qué abrí la boca. Me imaginaba a ellos contestándome que no, y a mi pasando el frío de la noche en su auto de lujo (sin llaves, aunque tampoco sabía manejar) rodeada de bolsas caras (que ya se las habían llevado).

Entraron. Parece que estaba invitada. La casa era hermosa. Una cocina pequeña, al lado de la sala de estar que sin duda era el orgullo arquitectónico de toda la casa: en el medio de la sala, unos sofás blancos, rodeados de macetas altas. En el techo, un cuadrado de vidrio que ingresaba luz solar coloreando el ambiente. En una esquina, un cilindro que recorría desde el suelo hasta el techo como pecera, conteniendo varios peces de colores. Enfrentado, un mismo cilindro de vidrio pero que contenía varias plantas tropicales. Bueno, ese lugar parecía mitad jardín de invierno, mitad palacio. Unas escaleras de madera conducían al segundo piso, me daba curiosidad y me sentía tentada de subir.

Los chicos dejaron sus bolsas desparramadas por ahí como quien no quiere la cosa.

Cada uno se fue a la suya. El pibe a tirarse bien cómodo al sillón con su videojuego. Ella, Angelina, la diva, fue a subir tres bolsas al armario. La seguí. Comencé a hablarle. A preguntarle si me conocía, si se dio cuenta que subí al auto y fue adrede.

–En realidad no. Acabábamos de volver con mamá de un compromiso. Ella estaba sacando cosas del baúl, había ruido de la calle, realmente no noté al instante que estabas, cuando empecé a manejar, gritaste y dijiste que volvamos, pero yo ya no podía, lo siento.

–Que buena manera de pedir perdón –murmuré.

No me sentí incómoda ese día. Pedimos delivery de comida, caminé un rato sola por la tarde, me llamaron cuando ya oscurecía para que cenemos. Parecíamos un intento de amigos. O de desconocidos intentando ser corteses. Yo por un rato me olvidé el hecho de que hace cinco horas nadie sabía nada de mí.

Fue por las ocho de la noche cuando miré hacia la barra donde apoyaban todo tipo de cosas: lapiceras, platos, vasos, sacos, camperas. Quedaba la bolsa pequeña de Swarovski. Se ve que a esta gente no le explicaban que las cosas de valor no las podés dejar tiradas. La agarré para llevársela a

Angelina.

Subí. La encontré, terminando de arreglarse. Llevaba un conjunto rock star. Vestido negro finito de esos de los que te pescas un resfriado y una campera de cuero. Estaba poniéndose las botas en una silla frente al espejo. Se la di y bajé.

Tres segundos más tarde su cabeza rubia asomó desde el último tramo de la escalera rogando si alguien le alcanzaba unos zapatos negros cerca del sillón. Su hermano no le contestó. Fui yo. Los agarré. Estaban doblados y algo raros. Por ahí se debía a que habían estado bajo el sol. Capaz eran de plástico. Lo furiosa que se iba a poner Angelina me erizaba la piel.

–¿De casualidad dejaste los zapatos al sol hace rato?

–¿¡QUÉ?! –Angelina soltó la bolsa de Swarovski que tenía en la mano y la dejó caer a tanta altura. No respondí de inmediato. Me debería haber asegurado que no cayera al suelo. Soy torpe.

–¡NOO! ¡MI ANILLO! ¡MI ANILLO, TONTA!

Bajó corriendo las escaleras.

–¿Qué pasó? ¿era de tu novio el anillo? –su hermano no ayudaba. Tenía ganas de pegarle con un almohadón.

Angelina abrió la bolsa, sacó de una bolsita de tela, un anillo con tres diamantes diminutos, lo miró minuciosamente, le pedí si me lo podía dar. Con mi visión aguda noté que de un lado se veía una rajadura

–No te preocupes, conozco a alguien que arregla joyería –mi cabeza trabajó más rápido que mis palabras. Liz. Todo siempre me llevaba a ella. Aunque me costara admitirlo, estábamos ligados a los hermanos, todo conducía que iba a ser ella la única capaz de salvarme. Me reí por dentro mío. Si dejáramos de discutir con mi hermana, un día recordaríamos este día con alegría. Pero me refiero a todo el día. Aunque pareciera lejana esta mañana, cuando peleamos, sucedió hoy. Le debía disculpas. Y disculpa doble si mi plan funciona.

–Se llama Elizabeth, conozco la dirección, obvio que en capital. No va a poder venir. Pero mandamos un cadete, una moto –ante su mirada de desconfianza intenté aparentar la mayor seguridad–: es de fiar, Angelina. Son amigos de familia desde hace varios años. De hecho, cuando a mi hermana le regalaron unos aros de oro de mi bisabuela y estaban algo averiados fue Elizabeth quien los arregló. –mentí. Mentí demasiado. En realidad, Liz misma arregló sus propios aretes. Pero no me quedaba otra

opción.

–Tengo el número de un cadete de confianza, me lo dio el vecino de enfrente –dijo Tomás.

Primera vez que ayudaba.

Me dio el número, y estuve eternamente agradecida por el hecho de que fueran tan ignorantes de dejar un anillo cotizado por una buena cantidad de ceros a merced de cualquiera. Pero yo obviamente iba a aprovechar esto a mi favor.

Llamé, me contestó un hombre con voz ronca. Me dijo que llame al otro día. Le grité que espere. Me escuchó. Me aparté del comedor a una esquina. Viendo a un pez multicolor repetir una acrobacia o algo así. Le supliqué disimuladamente (mi intención no era que Angelina pensara que le daba taaanta atención al asunto) que pase mañana a las doce del mediodía (el muchacho me explicó que después de beber tanto a la noche –innecesario–, se levantaba a las doce), lo convencí. Esperaba que el hombre tuviera los cinco sentidos despiertos en el camino porque si la joya se extraviaba en el camino, o el chocaba, chau plan; hola vida eterna recluida en un country. Corté, le notifiqué a Angelina las novedades y la insté a que vaya a la fiesta para la que se estaba preparando, y también a su hermano. Parecía que tenía un don para hechizar con el habla, no sé qué me pasó. Otra vez ella, (lo adivinaste, Liz de nuevo) siempre ella. Nunca convencía ni llegaba a apelar a ninguno de mis adultos responsables (mamá-papá-abuelo) de dejarme salir, pero Liz tiene esa habilidad grandiosa de conseguir lo que quiere con la palabra, no con acciones. Por ahí yo soy al revés. Me facilito moviéndome por lo que quiero, con acciones concretas. Esa es la razón por la que recibo tanta demanda de trabajo y ella no. yo me convencí a mí misma, llevándome y aceptando ir a lugares que no conocía a cuidar niños. Hay que empezar a ver lo bueno en mí.

Los chicos fueron a la fiesta. Aproveché a rebuscar en toda la casa una hoja. Una birome ya había encontrado. Tenía que poner en plan la segunda fase del plan.

Me senté a escribir la breve y en clave nota a mi hermana, por las dudas que llegase alguien a abrir la bolsa.

Le puse así:

Liz, soy yo. Vení a "La Aurora" no entiendo porque

no me hacen caso y porque no me traen.

Ayúdame y perdón por ser tan mala hermana.

Tampoco quería poner mi nombre explícito, pero ahora recalculaba que, si ponía que era mi hermana, y alguno de ellos llegaba a ver la carta sospecharía de mí. Pensarían que quería robarles o algo, por ocultar el hecho de que no era una conocida la que arreglaba el anillo, sino que, ni más ni menos, era mi hermana. Podían pensar que soy una niñera estafadora, que voy a casas de ricos a confiscar. O no sé.

Cambié la carta. Solo para asegurarme y poder dormir tranquila sin impacientarme. La tiré a la basura (vi todas las películas policiales, la corte bien finita y después tiré más papel para tapar cualquier evidencia). Escribí en otro papel casi la misma oración:

Liz, ayúdame, quiero volver. Estoy lejos, en "La Aurora"

pero hazlo por mí aunque

me peleé con vos esta mañana.

No devuelvas el anillo así sé que te llegó.

Se entendía la idea. No la cambié tanto. El mismo mensaje que quería transmitir a mi receptor (mi hermana) que con algo de suerte y un poco de mente viva y abierta (que bastante le faltaba) decodificaría correctamente quién le estaba hablando. En realidad, era imposible que a esas circunstancias, no le preocupase el asunto. Nueve de la noche, desaparecí, diciendo que iba a dos casas diferentes a trabajar hasta las ocho como máximo.

Ahora si me preocupaba. El frío me recorrió la espalda como si alguien estuviera atrás mio. No había nadie. Que terror. Sí, era de terror. ¿Porque estos chicos no me prestaban el celular? Eran muy contradictorios, me dejaban pasar, pero no me dejaban comunicarme, no me querían regresar, pero permitían que coma y viva con ellos. No me tiraron del coche propulsada por un botón cuando se enteraron que estaba allí. ¿Y si ocultaban algo más allá de lo que me decían? sí. Tenía mucho miedo.

Pero no hice nada con ese miedo. Pasó el tiempo y los niños de fiesta no parecían volver dentro de poco. Me quedé sentada en el sillón, hasta que poco a poco me fui durmiendo.

Para la hora en la que los muchachos volvieron de la reunión habría estado roncando yo. Lo que sí, tuve sueños raros: peleas con mi hermana.

¿Y si no volvía más? Jajaja, ridículo, a estos chicos se les acabarían las provisiones y tendríamos que volver a CABA. Pero mi familia me habría dado por perdida, la policía estaría metida a estas alturas, y todo el colegio (gracias al preceptor... Pero claro no llegó nunca) estaría enterado.

Quería volver.

Compartir la mesa con los míos. Con tranquilidad. No mentía, había sido un cambio de aire atrevido, pero no lo pedí. Fue raro, sin explicaciones, porque estos adolescentes no son para conversar. Se manejan como quieren. Locos.

Desperté a las nueve y cuarto. Revisé mi entorno con la mirada, sentí un nudo en la garganta al ver este espacio desconocido. Al intentar ver los autos en mi ventana. Me levanté. No había nadie en planta baja. El auto seguía afuera. No me dejaron sola los chicos.

Abrí la bolsa del anillo para comprobar que estuviera el papelito, estaba. Respiré. Lo abroché, para que no vieran el contenido. No me quería arriesgar.

Subí a la planta de arriba, que desastre. Angelina durmiendo despatarrada con la ropa del día anterior. La habitación de Tomás estaba cerrada y desde afuera se escuchaban los ronquidos.

Bajé. No tenía lo que hacer. Llegué a ver la única pequeña estantería de pie que había en la casa, y tomé una revista. No había ni siquiera un libro bobo para leer o entretenerse.

La revista era de moda, así que me entretuve viendo los cuerpos flacos de las modelos norteamericanas y cómo la ropa no era tan diferente a la de hoy en día. Luego giré la tapa a ver la fecha. Era del mes pasado. No estaba con todas las luces. Mi hermana aprovecha siempre esa ventaja mañanera que tiene sobre mi para gastarme todo tipo de bromas: carteles en la espalda, burlarse por atrás de mi... Pero en ese instante solo quería darle un abrazo.

Pasaron las horas. Desayunamos, agua y fruta. La alacena estaba más que vacía. Si fallaba mi plan, esperaré a que sucumbiera el hambre (y no el canibalismo) y fueran al súper (¡PROHIBIDO CUALQUIERA DE LA ZONA!).

Sonó el timbre, era el muchacho cadete motociclista (vaya nombre). Venía a buscar el paquete, se lo llevó y me volví más impaciente que cuando estoy en el cine con Liz esperando que inicie la película.

Realmente Liz y yo somos dos mundos. Dos mundos que coexisten en el mismo sistema (familiar, no solar). Es como que mezcles una estrella roja con una azul y estalle todo. Pero que de esa explosión salga algo bueno. Suponelo al menos. Convivimos cada día, ella disfruta de los anuncios del cine, yo no, ella es de salir, yo de trabajar, ella con las palabras, yo con las acciones, ella con ayudar a familiares yo a desconocidos, ella a criticar a familiares, yo a desconocidos (como Angelina y Tomás). Sí. Muy diferentes. Pero ahora solo esperaba encontrarme con esa enorme diferencia.

Pasé la tarde intentando olvidarme de todo. Salí a caminar. Olvidar el trabajo y la mala reputación que me podía ganar ya que falté a un llamado que confirmé y porque no contesté el teléfono... e intenté olvidarme de lo más fundamental: que ya habían pasado casi veinticuatro horas y mis papás no sabían qué era de mí, dónde estaba, cómo estaba. Me quise olvidar de que esos dos hermanos eran realmente malos. Pero no pude. Y como propio de mi personalidad los atacué en el almuerzo (ensaladita fit: rabanitos, lechuga y zanahoria):

-De enserio, chicos. ¿Por qué no me dejan usar el teléfono suyo para irme?

-Sos eh. ¡Por que le vas a contar a mi mamá!

-Pero me dijiste que ella te dejaba irte con su auto... -yo no entendía nada.

-Bua, Camila. Hay que ser para creerte lo que te dijimos -intervino Tomás. Ya era la segunda vez que quería pegarle- ¿De enserio pensabas que nos dejaba?

-Si era así -terminó Angelina-, ¿cómo es que mamá te pidió a vos que le lleves las bolsas y no a nosotros que estábamos con ella?

-Si son unos vagos ustedes dos...

-Con eso justifica todo... Por favor -se estaban burlando de mí. Me tomaban el pelo. De verdad que le iba a pegar a Tomás.

–¡Te lo explico yo que parece que no entendés! –me gritó Angelina. Primero me alejé cuatro pasos, con expresión seria.

–No. No estábamos con nuestra mamá. No sé manejar. O sí. Por la mitad. Estábamos esperando en Kelly´s enfrente de casa. Nos metimos adentro del auto, hubo un cambio de planes, obvio, cuando ella te pidió que metas las bolsas adentro, creo que fue porque razonó que ya nos dio muchos regalos, así que prefirió no subirlos a nuestra casa. Como sea, nos subimos, Tomás presionó el botón automatico de cerrar puertas... –me pregunté desde cuando existían los botones automáticos– y después nos dimos cuenta que estabas.

–Como te darás cuenta, Cami –siguió su hermano. Le gruñí–. Mamá pensará que le robaron el auto.

–Y pensará que fui yo –contesté. No les importaba mucho–. ¿Tu mamá no se imagina que vienen acá?

Estaba furiosa. Estos chicos eran un caso perdido, actuaban de una manera descarada, no les importaba nada.

–¿A tu mamá no le preocupa perder el auto?

–No ahora. Tiene tres. Pero en un tiempito va a hacer alguna denuncia seguro.

–Los odio.

–¡No nos odies! –saltó Tomás–. la culpa no es nuestra. Teníamos que salir, escapar de lo pesado que es casa. No te vimos.

No sabía que pensar. Era muy diferente a lo que me había imaginado. Imaginé problemas de mi parte. Preocupación. Pero al fin y al cabo, estos chicos también estaban desaparecidos.

Menudos hermanos se había ligado Luna. La que le esperaba cuando creciera. Que diferentes eran. Como Liz y yo.

Liz... Ojalá me contestara y me ayudara.

Me pasé apartada de ellos e ignorándolos hasta las cinco de la tarde cuando suena el timbre. Angelina abre la puerta otra vez. Estaba el muchacho que le habíamos dado el anillo... me sorprendí mucho. Sentí por primera vez que mi mundo se venía abajo.

Sentí que no iba a volver nunca más.

El cadete traía de la misma forma que a la mañana, la bolsita de Swarovski. Era sabido que mi hermana, no tenía intenciones de ayudarme, no le importaba. Le había dejado en claro que como señal no devuelva el anillo. Quería llorar, pero no podía ahí. Quise apartarme, correrme. Me acerqué a la puerta para salir a dar una caminata, y darme la excusa de estar sola y llorar. Me defraudó mi hermana. No perdonaba. Era dura como una roca, y no entendió mi urgencia y apuro, aunque yo no comprendiera porque lo hizo, lo sentí como una puñalada... Jamás mis peleas y bromas eran para enfadarla de verdad, no eran mi intención. ¿Por qué me hacía esto?

–... Dijo Elizabeth que no sabía arreglarlo. Lo siento. –escuché al salir, corrí deprisa, sin ver a Angelina tomar la bolsa. Imaginé que Liz no era lo suficientemente mala para no quitar la carta de la bolsa. Esperaba que no.

Volví a la casa y vi el reloj. Eran las seis. Los dos me ignoraron, me senté en una esquina apartada del sillón.

No cené.

Quería irme. Calculaba que con suerte estos chicos se aburrirían luego de reunirse con todos sus posibles amigos, bailar, reírse, comer, ver películas, jugar videojuegos y dar largas caminatas. Intenté tranquilizarme. Mentalicé a mi abuelo frente a mi yo de ocho años, con una herida en la rodilla (culpa de una bicicleta y mi imprudencia). La abertura era chica, pero a simple vista, cubierta de sangre roja, daba miedo y parecía profunda. “No temas, no dejes que el miedo te controle. Está todo bien, está todo bien. Respira profundo...” agarraba el desinfectante, mojaba con agua con una mano y con la otra me sostenía la mía. Curiosamente no me agarraba la rodilla, como hubieran hecho mis papás, ya que sabrían que yo me rehusaría a desinfectarme. Pero me dijo “No hay ningún problema. Todo está bien”. Mi abuelo había calmado a mis yo de ocho años. Así que decidí tomar sus consejos.

Me iba a ir. Lo iba a conseguir. Ese era el primer paso, afirmar en positivo. Y lo que sucediera luego, si mis padres me retaban, si quedaba mala reputación con Eva, menos cero estrellas a mi servicio, enojo, burlas en el colegio, iba a pasar, pero conociendo mi fuerza lo sobrellevaría.

Me armé de valor para ver discretamente si yacía o no la carta dentro de la bolsa. Me levanté al baño. Al salir, cuidé mis pasos para que no sean reconocibles e inaudibles, para eso, me tuve que sacar mis zapatos y llevar en la mano. Estaban concentrados en una película de Marvel, así que daba igual. Por atrás de la barra, apoyado con un montón de cosas, divisé el envoltorio y lo atraje con mi mano. Revisé su contenido y

suspiré. La carta no estaba.

Pasó el tiempo, se hizo de noche. Vi a ambos hermanos subir a dormir, o a quedarse separados en sus cuartos. A hacer karaoke, destruir espejos, bailar o cualquiera de ese tipo de actividades que se daba por hecho que hacemos los adolescentes.

Me tiré en el sofá. Pasó el tiempo los ojos se me entrecerraban. No discerní en determinado momento que era sueño y que era la realidad, menos cuando escuché un silbido de afuera y un golpeteo suave de un puño contra mi ventana más próxima.

Con el miedo que le tenía a la oscuridad, a la noche, a los bandidos y asesinos, era lo peor que podía haber pasado. Cerré los ojos con fuerza, e intenté ocultarme por debajo de un brazo del sillón. Allí recostada, abrí un ojo (no sé si el derecho o el izquierdo) y miré. Utilizo este verbo porque quise ver detenidamente y olvidar miedos, sacarme dudas. En el lugar había seguridad, nadie raro estaría allí, y en caso afirmativo, la puerta estaba cerrada con llave.

Entonces miré. Y caí. Su puño, el dorso de su mano y su pelo largo cayéndole de un lado. Liz, mi hermana estaba afuera. Liz me venía a rescatar y toda la furia desapareció, solo quería correr y salir. ¿Hace cuanto no le había dado un abrazo sincero? Y, haciendo cuentas no había sido más que su cumpleaños pasado, o sea, hace seis meses.

Me paré, agarré la llave, pero antes probé abrir sin ella. Curiosamente (para el peligro de los chicos de arriba) era una locura. No cerraban con llave la puerta, eran inconscientes en todo el sentido de la palabra.

Salí al descampado (volvió mi humor y con ella mi exageración) salté de una manera cómica por el frío que sentí en mi cara, ella se rió y corrí a darle un abrazo.

–Pensé que no ibas a venir. Que ignoraste el mensaje, me enojé un montón.

–Siempre te enojás –le restó importancia al asunto, enfocándose en lo importante, así era ella–: devolví el anillo para que nos sirva como elemento clave para traerlos devuelta a ellos también.

Entendí que mi hermana comprendió el paradigma cuatro veces más rápido que lo que me había tomado a mí. Discernió que estos chicos indudablemente estaban sin autorización de ninguno de sus padres, y que Angelina no tenía registro. Me señaló que dejó la llave del auto en el mismo. Me agarré de la cabeza por lo ingenua que fui. Le conté que los

chicos mismos se auto-delataron ante mí. Sin miramientos y burlas, mi hermana pasó a poner en marcha en plan, para que todos nos vayamos de ahí.

A primera hora de la mañana, o mejor dicho, a primer instante que yo me levanté, esto quiere decir, nueve de la mañana, y varias sacudidas a mi hermana más tarde, agarré una cacerola y comencé a golpearla, don, don don. Quería que bajaran los dos de inmediato.

Por otra parte, mi hermana se preparó afuera, esperándonos en el asiento de conductor, llaves en mano. Quería que me desenvolviera sola, que los confrontase y lograra que salgan ellos, no con su ayuda. Era mejor así. Tenía que crecer.

El primero que asomó fue Tomás. Con los pelos parados y pijama de batman, no vio el pequeño anillo que mis dedos índice y pulgar sostenían. Me gritó algo parecido a un qué me pasaba. Le dije que junte sus pocas cosas que nos íbamos.

Bajó la otra con los pelos locos peores que su hermano y con un pijama de Black Widow. Pelos y cara de loca, pero sí lo vio.

-¿¡Qué hacés con mi anillo!?

-¿Lo querés? Vení a buscarlo o sino cuando me vaya lo tiro por la ventana en la autopista. Vamos, Angelina, si querés el anillito de tu novio vas a tener que hacerme caso.

-¡NO ES DE MI NOVIO!

-Que me importa.

Y así me fui, caminando derecha y regia. Ahora me insulto a mí misma. Podría haber acelerado la marcha, moverme más rápido, era corta la distancia a la puerta. Así, al menos evitaba que la chica me arrancara de los pelos. Pero a una le encanta sentirse en una sitcom donde podés hacer lo que se te canta la gana, correr en cámara lenta, total vos no sos el villano, sos la protagonista, la heroína.

Sentí su tironeo, me di vuelta y me sacudí. Un par de gritos y patadas, ella me arañó con sus uñas, mi cabeza y mis manos quedaron adoloridas. Me separé agarrando fuertemente el anillo. Salí disparada a la puerta. Grité el nombre de mi hermana, y como tenía a los dos hermanos atrás mío decidí hacer lo peor: tirarle el anillo a mi hermana.

Que puntería tiene esa chica.

Lo atajó. Metió la cabeza por la ventana devuelta y yo abrí las puertas invitándolos a entrar, pero, con otra intención, para que vieran todas las bolsas que su mamá les había comprado. Sabían perfectamente que si se quedaban las volaría por la ventana.

Mi hermana se ocupó de sigilosamente ir por la casa juntándolas, pero como no sabía cuál era su contenido, metió todo tipo de cosas, revistas, objetos de valor, objetos de valor nulo... No importaba. El objetivo era volver.

No sé si bastaba más explicación: a los quince minutos, nos encontrábamos ya en la autopista.

Fue todo un desafío, mi hermana no sabía manejar, ninguno de los cuatro pasajeros sabíamos manejar. De todas formas, era la única opción. La inepta de mi hermana (lo siento, me salió otra vez), la despistada de mi hermana, dejó su teléfono cargando, así que no había posibilidad que mi padre nos pasara a buscar... Mejor no comento la cruda realidad que ni Angelina ni Tomás prestarían sus teléfonos.

Estuve muy preocupada, no me sentía segura ni con el cinturón de seguridad, que al menos yo sí lo llevaba puesto, los descarados de atrás no. Estaban roncando. Me di vuelta y solté una risa. Una risa genuina... Hacía cuánto no me reía. Las piernas de Angelina estaban apoyadas en la cabeza de su hermano que estaba dormido en posición de bicho bolita. Su hermana ocupaba todo el asiento y no le dejaba espacio. Ya se habían rendido.

No quiero dar detalles de todo lo que le tuve que explicar a Eva. La mujer me entendió, pero estaba defraudada, me dejó en claro que no me contrataba más (no entendí porqué, igual ya estaba harta). Le dejé en claro que sus hijos eran unos descarrilados y que eran secuestradores. De que ellos idearon todo para llevar el auto, y su hija, sin licencia, era un peligro, que me pusieron en una situación de riesgo y que si quería los denunciaría.

Me despedí diciéndole que tenía que volver a mi casa, a contarles a mis papás porque estuve desaparecida por un día entero, con bronca.

Lloré frente a mi mamá, papá y abuelo. Les conté todo mi día, y hasta las partes más dolorosas, la decepción, impotencia y enojo que sentí y sentía. Allá y acá. Con Angelina y Tomás ignorándome, tratándome como una puerta, y con mis papás que demostraban otra vez indiferencia. Escuchaba carcajadas disimuladas, ellos sentían que la historia en sí, era una pavada, aunque claro, en el momento sí se asustaron, sí pudieron dar la vuelta al mundo, llamando a cada una de mis amigas. Dolía que mi papá haya ocultado una sonrisa de oreja a oreja cuando dije que me asusté cuando vi a alguien por la ventana. Me sirvió

de consuelo y cómo manera de canalizar todo lo que sentía decirles que tras mis intentos fallidos de comunicación, esperaba que si alguna vez en la vida tuvieran ganas de pagarme un plan de llamadas ilimitadas se acordaran de esta terrible experiencia.

Y ahí empecé a llorar.

Yo soy así, es mi naturaleza. Llora con las películas, lloro al final de las vacaciones, cuando hay lluvia y cuando hay mucho sol. A veces lloro por los problemas de otras personas, sin embargo, me preocupo más por lo que siento yo. Llora como mecanismo de escape, para evitar decir las cosas. Las cosas que ya fueron dichas y no quiero repetirlas.

Lloré no porque me haya asustado de estar fuera de mi casa. Lloré porque sabía que esto significaba estar castigada pese a que no haya sido adrede, y que el esfuerzo y trabajo construido a lo largo de este tiempo probablemente se derrumbaría porque me harían malas reseñas y boca a boca se correría que no me presenté a dos casas diferentes que ya había concertado todo.

A fin de cuentas, el único que me entendió fue mi abuelo (una vez que se ponía de mi lado). Pero no dejé de llorar. Ni siquiera en el interior de mi cuarto, mirando por la ventana los autos, con mi hermana presente agachada en su cuaderno de dibujo. Yo, obviamente, ya estaba enojada con ella devuelta. Ella perfecta, yo desastrosa. Ella haragana pero culta, yo emprendedora, trabajadora, pero despistada. Ella un ejemplo de lo que había que ser a los diecisiete años, y yo, una corriente de malas decisiones a mis dieciséis.

Tan rápido cambiaba de parecer. Al principio, Liz era mi heroína, mi salvadora. La quería y me arrepentía de mis malos tratos. Ahora ya me olvidaba y seguía con mi conducta de cara dura, porque muy en el fondo, también yo notaba mis falencias y me comparaba a ella.

¿Qué esperaba? ¿Otra lección? Probablemente. Porque era dura de entenderas. Me tiré, me tapé la cara con la almohada. Le pedí perdón a Liz, en voz alta, sin nada que ocultar. Le pedí que me ayude a construir mi trabajo y la confianza de mis padres a pesar que el peso caía sobre ellos por dejar de pagarme la compañía del teléfono.

Ella me pidió que no exagerara. La odié cuando dijo eso. Pero me paré, apoyé mi espalda en el vidrio frío de la ventana, tomé una bocanada de aire y me puse a escuchar sus sugerencias.

Logré sobrepasar la vergüenza. También cuando en el colegio el absurdo preceptor Juan Manuel interrumpió la clase para entender cómo había regresado a mi casa. Sin esa maravillosa información no podría dormir, claro, le faltaba un capítulo de la telenovela. Lo encaré en el recreo, con mi hermana. Le pedí que no haga pasar vergüenza, más de la que ya tenía. Le conté que esos niños ricos estaban locos, aunque él ni los conociera. Mis amigas me apoyaron, no comentaron nada del hecho de que mi hermana se haya convertido en la superheroína de la ciudad, por mi bien.

Comencé a asegurarme quienes me pedían ir a trabajar, ser cautelosa. No ayudar, tal vez. Al menos no meterme en autos ajenos a sacar bolsas, para salir disparada, de vacaciones a una casa de lujo.

La semana siguiente, anuncié a mi familia una idea que venía cosechando: mi renuncia a viajar con mis amigas. Como me llamaban poco para cuidar y la mitad las rechazaba porque no me dejaban, no tenía fuentes de ingresos. Mis papás se quedaron callados, no me contestaron. Mi hermana me miró fijamente, se encogió de hombros y me pegó una patada suave por abajo de la mesa (¿alguien sabe interpretar qué significa? Escribanme, porfa). Rompió el hielo mi abuelo: le parecía una pena. Pero las decisiones son buenas con antelación, así me preparaba, así lo aceptaba. Y quizá estaba en lo correcto. Después se puso a hablar del episodio número seiscientos de una serie con mi hermana y lo increíble que era el coliseo romano. Nadie me dirigió la palabra.

Me levanté, sin comer espaguetis. Me llamó mi mamá devuelta, justo antes de entrar a mi cuarto:

–¡Camila Ruth, volvé! –retrocedí, cautelosamente al llamado aprensivo de mi madre. Me paré cerca de la mesa–. No te di permiso para levantarte.

–Hija... –empezó mi papá, cuando estuve yo cerca. Se acomodó las gafas y aclaró su voz–, entendemos habernos equivocado. En... no escuchar tu pedido. De no distinguir tu necesidad de comunicarte fuera de casa con nosotros. Lo pensamos, y calculamos... No queremos que te quedes sin tu viaje.

–Ru... –mi hermana me miró con una sonrisa. "Ru" es el apodo que me lo dice desde chiquita–. ¡TE VAN A PAGAR EL VIAJE!

Me quedé en shock. Salté por tres minutos seguidos. Salí disparada a escribirles a mis amigas, llegaba la aventura que tanto quería. Un trampolín, un tobogán, un globo aerostático, una montaña rusa de

emociones en mi pecho. La balanza se había dado vuelta: así era yo... Re feliz o re amargada. Emocionada o con el ánimo por el piso. Intermedios nunca.

Tan mal no estuvo entonces, pensé esa noche antes de irme a dormir, las vacaciones exprés al country de Angelina y Tomás, tuvo su recompensa, tal vez, fue una pavada haberme alterado tanto, si me tranquilizaba, incluso si hubiera sabido lo que vendría en futuro, me reiría... Si los veía alguna vez en mi vida devuelta... Les contaría.

¡No lo puedo creer! ¡Me iría! ¡En dos meses!

Estaba muy emocionada, y tenía ganas de preparar ya todo, esperaba que la espera se hiciera corta y que todo lo soñado, se volviera realidad.